

## Entrada libre

# Kircher, el Collegio Romano y algunas curiosidades

John Evelyn

Fragmentos tomados del tomo primero del diario de John Evelyn (1620-1706), en la edición preparada por William Bray, *Everyman's Library* 220, J.M. Dent & Sons (Londres) y E.P. Dutton & Co. (Nueva York), 1907. Traducción de Antonio Saborit.

**8** de noviembre [*de 1644*]. Visitamos la iglesia de los jesuitas, cuya portada se tiene por una pieza hermosa de arquitectura, diseño de Jacomo della Porta y del famoso Vignola. En esta iglesia yace el cuerpo de su renombrado Ignatius Loyola, un brazo de Xavierus, el otro apóstol de los jesuitas, y en la extrema derecha del altar superior, su defensor, el cardenal Bellarmine. Aquí el padre Kircher —profesor de matemáticas y de lenguas orientales— se encargó de mostrarnos un gran número de curiosidades, llevándonos al refectorio, el dispensatorio, el laboratorio y los jardines de los jesuitas y por último —pasando por un salón colmado de retratos de miembros de la orden tal y como los plasmaron sus pragmáticos y atareados aventureros— su propio estudio, en donde, con paciencia holandesa, nos mostró sus movimientos perpetuos, catóptricos, experimentos magnéticos, modelos y otros miles de ganchillos y aparatos, muchos de los cuales publicados de tiempo atrás por él mismo, o por su diligente académico, [Caspar] Schotti.

De regreso a casa nos dio tiempo para ver el Palazzo de Medicis, casa del que fuera duque de Florencia, cercana a nuestro alojamiento, sobre las faldas del Mons Pincius, con una hermosa vista al Campo Marzo. Se trata de una fábrica impactante y sólida, de cimientos muy notables, y un pórtico sostenido por columnas que dan hacia los jardines, con dos leones enormes, de mármol, al final de la balaustrada. Todo el exterior de la *facciata* tiene incrustaciones de antiguos y raros bajorrelieves y estatuas. Al descender hacia el jardín encontramos una noble fuente que preside un Mercurio en bronce. A corta distancia, sobre la izquierda, hay un cobertizo lleno de hermosas estatuas, entre las cuales están las Sabinas, una pieza antigua y especialmente rara. En la arcada adjunta se encuentran

*Aquí el padre Kircher —profesor de matemáticas y de lenguas orientales— se encargó de mostrarnos un gran número de curiosidades, llevándonos al refectorio, el dispensatorio, el laboratorio y los jardines de los jesuitas y por último [...] su propio estudio, en donde, con paciencia holandesa, nos mostró sus movimientos perpetuos, catóptricos, experimentos magnéticos, modelos y otros miles de ganchillos y aparatos.*

veinticuatro estatuas de gran valor y muy cerca hay un montículo plantado de cipreses, representando un bosque, con una agradable fuente en medio. Aquí hay también una balaustrada de mármol blanco, cubierta por los arbustos naturales, yedra y otras plantas siempre verdes, diversas estatuas y bustos colocados como en nichos. No lejos de ahí están las afamadas estatuas de Niobe y su familia, quince en total, casi de tamaño natural, mencionadas generosamente por Plinio, estimadas entre las mejores obras del mundo debido a las pasiones que expresan, y el resto de perfecciones de aquel arte maravilloso. Hay, además, en el mismo jardín, un bello obelisco, colmado de jeroglíficos. Al salir, la fuente que se encuentra ante el frente arroja el agua a casi cincuenta pies de altura, después de lo cual la recibe un amplísimo recipiente de mármol. Aquí es donde por lo general corrían al gran caballo todas las mañanas, lo cual mucho me placía contemplar desde la terraza de mi habitación, desde donde apreciaba todos los movimientos de estas personas.

*10 de noviembre.* Fuimos a ver la villa del príncipe Ludovisio, en donde antes se hallaba el *Viridarium* del poeta Salustio. La casa es harto magnífica y la extensión del terreno es sobradamente amplia, teniendo en cuenta que se encuentra en una ciudad; en cada zona del jardín hay esculturas antiguas y paseos plantados de cipreses. Pertenece a este jardín una casa de retiro, construida en forma de cruz, siguiendo una ordenanza particular, sobre todo la escalera. La blancura y la suavidad del excelente estuco fue algo que mucho me detuvo en contemplar, siendo tan liso y terso como el mármol. Arriba se tiene una bella vista de la ciudad. En una de las recámaras cuelgan dos famosas piezas de Bassano, un Vulcano una, la otra una Natividad; hay un reloj alemán lleno de raros y extraordinarios movimientos, y en una pequeña habitación de abajo hay numerosos mármoles encantadores, columnas, urnas, ánforas y nobles estatuas de pórfido, alabastro oriental y otros materiales raros. En esta fábrica hay una amplia área, rodeada por dieciséis enormes jarrones de tierra roja, en cuyo interior los romanos guardaban su aceite, o más bien su vino, mismos que enterraban y que son los que llevan precisamente el nombre de *testae*. Del Palacio jamás he de olvidar la célebre estatua del Gladiador, mencionada por Plinio, tan imitada por todos los raros artistas como dan testimonio las numerosas copias, esparcidas por casi toda Europa, así en piedra como en metal. También hay un Hércules, una cabeza de pórfido y una de Marcus Aurelius. En la casa de la villa está el cuerpo de un hombre de carne y todo, petrificado, e incluso convertido en mármol, tal como lo encontraron en los Alpes y lo envió uno de los papas al emperador; estaba en un cajón, o ataúd, forrado de terciopelo negro, y como uno de los brazos estaba roto se podía ver el hueso perfecto de la carne que permanece entera. El Rapto de Proserpina, en mármol, es del blanco más puro, obra de Bernini. En el gabinete adjunto hay una gran cantidad de figuras de bronce y otras curiosidades. Pero lo que para algunos supera todo lo anterior es un rico armazón de cama —el tipo de mobiliario tosco del que tanto se ufanan los italianos, tal

y como lo hicieran nuestros abuelos con sus armazones de madera— con incrustaciones de todo tipo de piedras preciosas y cabezas antiguas, ónixes, ágatas y cornelianas, de un valor que se calcula entre las 80,000 y las 90,000 coronas. Aquí también hay diversos gabinetes y mesas del arte florentino, además de retratos en la galería, en especial el Apolo —una caprichosa silla para dormir con las piernas estiradas, con libros y piezas de madera para hacerla más o menos larga.

De esta villa fuimos a ver el estudio del Signor Angeloni, quien muy amablemente nos mostró una colección de tan raras medallas que acaso no tenga paralelo, diversas pinturas y numerosas curiosidades del extranjero y de los indios, y cosas de la naturaleza.

*14 de noviembre.* Volvimos a pasar por el sólido Capitolio y el Campo Vaccino rumbo al Anfiteatro Vespasiano, pero antes nos detuvimos a mirar el arco del triunfo de Titus, erigido por el pueblo de Roma en honor de su victoria en Jerusalem; a mano izquierda aparece su dibujo, que lo representa en un carro tirado por cuatro caballos; a la derecha, o en ese lado del arco interior, aparece esculpida por medio de figuras o bajorrelieves de tamaño natural (y en un mármol completo) el Arca de la Alianza, sobre la cual se encuentran el candelabro de siete brazos descrito en el Levítico, así como también las dos Tablas de la Ley, todo ello sobre la espalda de los hombres que llevan las barras, tal y como los describen algunas biblias de San Jerónimo; al frente de todo lo anterior aparecen numerosas figuras con coronas y laureles, y doce rostros romanos, con otros vasos sagrados. Todo lo anterior confirmó la idea que yo ya tenía, y por lo tanto, por las luces que arrojaba sobre la Historia Sagrada, hice que mi pintor, Carlo, lo copiara exactamente.

*21 de noviembre.* Me llevaron a ver a un gran virtuoso, Cavaliéro Pozzo, quien nos mostró una rara colección de todo tipo de antigüedades y una selecta biblioteca, encima de la cual hay efigies de la mayoría de nuestros difuntos hombres de amable literatura. Este caballero tenía una amplia colección de antiguos bajorrelieves sobre Roma (los cuales tan curioso personaje había hecho dibujar en varios folios), muchas hermosas medallas, la piedra que Plinio llama Enhidros; ésta tenía por lo menos media cucharada de agua, de un tono amarillo terroso, del tamaño de una nuez. Una piedra más pálida que una amatista, la cual él afirmaba que era verdadero carbúnculo, y más fuerte que un diamante; estaba montada sobre un anillo, sin chapa ni nada en la parte de abajo, de suerte que era transparente, de un amarillo verdoso, más brillante que el diamante. Tenía cosas verdaderamente hermosas, ya enmarcadas, pintadas sobre terciopelo escarlata, dibujadas en negro, y sombreadas y realzadas con blanco; también cierto número de planos y dibujos selectos.

*23 de noviembre.* Fui nuevamente al Colegio de los jesuitas, cuyo frente poco espacio deja a su arquitectura, siendo de rico mármol

*Fui nuevamente al Colegio de los jesuitas, cuyo frente poco espacio deja a su arquitectura, siendo de rico mármol muchos de sus ornamentos. En su interior tiene un noble portico y un patio, el cual sostienen unas columnas sólidas, al igual que el corredor sobre el pórtico, a cuyos lados se encuentran las escuelas de artes y ciencias, que aquí se imparten como en la universidad.*



muchos de sus ornamentos. En su interior tiene un noble *portico* y un patio, el cual sostienen unas columnas sólidas, al igual que el corredor sobre el pórtico, a cuyos lados se encuentran las escuelas de artes y ciencias, que aquí se imparten como en la universidad. Aquí escuché al padre Athanasius Kircher disertar sobre un fragmento de Euclides. Adjunta hay una gloriosa y amplia iglesia para los estudiantes; una segunda aún no se concluye, y hay dos nobles bibliotecas, en donde me mostraron al célebre ingenio e historiador Farnianus Strada. De aquí fuimos a casa de Hippolito Vitellesco (luego bibliotecario de la Biblioteca del Vaticano), quien nos mostró una de las mejores colecciones de estatuas en Roma, a las cuales con frecuencia se refiere como si estuvieran vivas, diciendo aquí y allá frases, sentencias y versos, a veces besándolas y abrazándolas. Él guarda un busto de Brutus que el Senado ordenó marcar en el rostro por haber asesinado a Julius; esta pieza es muy querida. También tiene una Minerva, y otras de gran valor. Este caballero no ha mucho que adquirió terrenos en el reino de Nápoles, con la esperanza, al cavar la tierra, de hallarse más estatuas, lo cual hasta ahora parece haber logrado, siendo que valen más de lo que compró. Pasamos la tarde en la Chiesa Nova, en donde había excelente música; pero antes de que ella diera inicio, los gentiles padres me condujeron a una biblioteca ricamente amueblada, contigua a su tan hermoso convento.

## Ciudadelas del saber. El Museo Kircheriano y otras colecciones científicas italianas del siglo XVII

Silvio A. Bedini

Tomado de *Science and Instruments in Seventeenth-Century Italy*, Verum, Gran Bretaña, 1994. Traducción de Antonio Saborit.

**E**l sabio jesuita Athanasius Kircher vivió en una de las épocas de la historia de la ciencia más emocionantes; su vida activa abarcó el periodo comprendido entre la muerte de Francis Bacon y la publicación de los *Principia* de Newton. Como autor de unos cuarenta títulos sobre diversos aspectos y dimensiones de las ciencias en su tiempo, desde entonces se le colocó entre los científicos destacados. Sin embargo, el hecho más notable y duradero por el que se le recuerda es indudablemente el museo que creó y que llevó su nombre.